

MIL MISERIAS
Y... LA MÍA

Susana A. Llorente

Mil miserias y... la mía
© Susana A. Llorente

Editorial: HiFer Editor
Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com
ISBN: 978-84-17130-38-1
Dep. Legal: AS - 00193 - 2018



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

*A Soli
antes, durante... incluso.
A Lola
siempre.*

Al llegar a un puente lo cruzamos y lo quemamos cuando queda atrás.
No hay nada que demuestre nuestro avance, tan solo el recuerdo del
olor del humo y las lágrimas de nuestros ojos.

Thomas Stoppard

Capítulo 1

FANTASMAS OLVIDADOS



ROGAD A DIOS POR EL ALMA DEL SEÑOR

DON JACOBO MARÍA SAN BRUNO ARRANZ
(NOTARIO)

FALLECIÓ EN AVILÉS

EL DÍA 26 DE FEBRERO DE 2015

Habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.

D. E. P.

Su esposa, doña María del Carmen Wasselé Fernández;
sus hijas, Sofía y Alejandra; hermano, Federico José; tíos,
primos y demás familia.

Rogamos una oración por su alma.

El funeral por su eterno descanso se celebrará mañana
viernes, día 27 de febrero, a las diecisiete horas, en la
Iglesia de los Padres Franciscanos de Avilés, acto seguido,
recibirá cristiana sepultura en el Cementerio Municipal
de la Carriona, de dicha localidad.

CAPILLA ARDIENTE: TANATORIO DE AVILÉS, SALA N°1.

27 de febrero de 2015

Faltaban cuarenta minutos para las cinco de la tarde, hora taurina y lorquiana, muy del gusto del finado, cuando accedí por el portón del antiguo cementerio civil de la Carriona.

«Paz a los muertos», rezaba grabado en piedra en la parte superior del arco de entrada. Unos metros más allá, hacia mi izquierda, se alzaba otro acceso: el principal, rematado por una cruz, algo de lo que carecía el elegido por mí.

Quieta como una estatua más en aquella necrópolis, paseé la mirada lentamente de izquierda a derecha, observando grandes y pequeñas tumbas; ostentosas algunas, humildes otras, que dejan patentes la clase social y las creencias religiosas, incluso en la última de nuestras celebraciones como mortales.

Tenía tiempo suficiente para pasear por las calles de la ciudad de los muertos entre fosas vacías, panteones, hipogeos y nichos. El cortejo fúnebre al que esperaba todavía estaría en la misa.

A medida que mis pasos se dirigían hacia el interior observé a lo lejos la imagen de un ángel señalando el nublado cielo con sus alas extendidas. Me desvié en su dirección atraída por su majestuosidad. Cuando apenas me separaban tres metros de tan impresionante escultura, alcé la cabeza y aquel rostro inquietante, masculino, con las cavidades de los ojos huecas me atrapó al mismo tiempo que un escalofrío recorría mi espalda.

Durante unos segundos pensé en correr hacia la salida, pero el miedo y la inseguridad del pasado ya no tenían poder sobre mí. Por el contrario, caminé con seguridad

hacia un lugar apartado que me permitiría observar discretamente. En mi recorrido, una profusión de símbolos tallados en piedra y mármol: garras de león, arcos, columnas, calaveras, serpientes, antorchas encendidas y relojes de arena, me transmitían sin palabras su lenguaje de eternidad.

Di por concluido mi camino en el extremo opuesto del recinto donde los nichos se levantaban formando un cierre.

Respiré hondo el aire húmedo que penetró por mis fosas nasales, a la vez que mi mente desechaba el arte funerario, y volví a ser consciente del motivo que me había llevado hasta ese cementerio.

No era ese mi lugar. No debería haber acudido al entierro de Jacobo. Nuestro vínculo laboral había quedado en el pasado, ni siquiera entonces existió más relación ni más aprecio que lo habitual entre un jefe y su empleada. Pero aquellos años para mí fueron tan intensos, tan surrealistas, que habían dejado una estela de misterios sin resolver y de historias inconclusas. Por eso cuando su esquela surgió al pasar la página del periódico local, un mar de recuerdos inundó inevitablemente mi cabeza y supe que acudiría a observar el prematuro final de aquel personaje pasajero y secundario de un capítulo de la historia de mi vida.

Comenzaron a escucharse murmullos a lo lejos. El séquito estaba entrando encabezado por cuatro hombres que transportaban el féretro a hombros por el pasillo central; el sacerdote iniciaba el cortejo. Tras la negra caja, una mujer caminaba al paso marcado por los que la precedían, a la vez que arropaba con sus manos a dos niñas de corta edad. A pocos pasos de distancia unas veinte personas cerraban la procesión. A la altura de la capilla se detuvieron,

entonces el párroco se volvió hacia tan doliente público y comenzó una plegaria, que desde la distancia no pude distinguir. Tras ese breve rezo, la procesión continuó unos metros más antes de detenerse frente a un panteón de piedra donde dos enterradores esperaban pacientes para introducir el féretro.

A pesar de la lejanía y los años transcurridos, reconocí a Juana, eterna aliada del difunto. Tenía un pañuelo blanco entre las manos con el que recogía las únicas lágrimas derramadas en aquel funeral.

Unos pasos más atrás Federico, el hermano del finado, acompañaba a dos jóvenes con los que esporádicamente compartía conversación.

Entre el grupo de personas que permanecían pacientes mientras el sepelio continuaba su curso, había varias caras que me resultaron familiares: directivos de banca, constructores y un registrador que, a pesar de arrugas, incipientes calvicies y canas sobrevenidas por el paso del tiempo, logré reconocer.

Alejado del séquito y tras pasando en ese momento el portón de acceso, descubrí a Arcadio, amigo inseparable de Jacobo.

Unos ruidos metálicos al cerrar la verja que daba acceso a la cripta y el inicio de una lluvia suave dieron por terminada la celebración mortuoria.

Diez minutos después volvía a estar sola en el lugar, salvo por la lluvia pertinaz que poco a poco me había empapado el pelo y el abrigo.

Sentí que me pesaban los años; ¿cuántos habían transcurrido? Calculé mentalmente tomando como referencia el año de mi traslado de Santa Mera, aproximadamente dieciséis, ¡ahí es nada!

Dejé atrás los ángeles serafines entonando con sus trompetas la melodía protectora, recolectores de almas con sus alas plegadas. ¡Hoy tu alma, Jacobo! Mañana... tal vez la mía.

*Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan...*

Federico García Lorca

Dos días después

Agradecí enormemente la llegada del domingo. Me serví un café casi dormida, como era habitual, y empecé a tomar sorbos para despertar mi mente; sin la poción mágica seguiría dormida hasta bien entrada la mañana y mi carácter tornaría a insoportable a eso del mediodía. Un vicio, uno más que añadir al del tabaco, como evidenciaba el cigarrillo que acababa de encender justo con el primer sorbo de café manchado con un poco de leche fría.

Tras realizar el ritual diario, estaba lista para ir hacia la estación de autobuses a buscar a Cristina, la única amiga que me quedaba de mi infancia residiendo en la ciudad, para ser exactos cerca de la ciudad porque Cristina vivía en Villaviciosa, a veintisiete kilómetros. Cristina había cambiado poco desde su infancia y seguía teniendo aquella melena corta y morena, una sonrisa franca y los ojos negros, centelleantes y expresivos, que recordaban a la niña pequeña, inquieta y divertida que corría delante de las monjas por el patio del colegio tras una de tantas

trastadas. Necesitaba aire, risas, charlas y realidades que con Cristina estaban aseguradas.

El día antes se había convertido sin yo quererlo en un día de remembranza analítica. La muerte de Jacobo había abierto un paréntesis, donde los recuerdos de una época inestable habían campado a sus anchas.

Tumbada en el sofá casi todo el día, había terminado viendo una película aburrida, basada en hechos reales, como todas las que programan en televisión las tardes de fin de semana. Por mucho interés que puse en seguir la trama de aquella adolescente atormentada, que intentaba demostrar cómo su madrastra había asesinado a su padre, no conseguí enterarme del final.

El sábado me había acostado temprano, y el descanso había servido de antídoto. Hacía ya muchos años que nada me quitaba el sueño, tal vez porque en otros tiempos había pasado noches en blanco intentando buscar soluciones a problemas y al llegar el amanecer no las había encontrado. Después de todo, la canción popular tenía razón: «Si tiene arreglo se arreglará, si no lo tiene arreglado está».

Cristina ya había llegado, caminaba hacia mi coche. Así que protagonistas, situaciones y pasado volvían a archivar en la memoria oculta de mi cerebro.

Nos dispusimos a pasar la tarde en la terraza de un café poniéndonos al día de novedades, planeando excursiones y encajando fechas entre los viajes que yo ya tenía previstos.

Apenas una hora resistimos la temperatura invernal, nos levantamos y comenzamos un paseo por el muro de San Lorenzo. El horizonte se teñía de gris plomizo y la mar estaba brava; no llovía. Me hubiera gustado que lloviznara, esa lluvia fina que tantas veces desde niña me había

empapado la cara y tenía la cualidad de arrastrar con ella mis preocupaciones.

Una hora después cogíamos el coche y decidíamos irnos a cenar a una sidrería al lado de mi casa, así que opté por aparcar en mi calle.

Salimos del vehículo y entre risas y comentarios intrascendentes echamos a andar hacia la sidrería. A mitad de trayecto, giré la cara para mirar a Cristina mientras hablaba y me sobresaltó la cabeza de un hombre que caminaba pegado a nosotras y escuchando nuestra conversación. Al verse descubierto, no empleó ni unas décimas de segundo en dar un giro sobre sí mismo y alejarse caminando a toda prisa.

¡Qué susto! ¡Qué sensación ya vivida! Por un momento retrocedí de nuevo a tiempos pasados, a los días en que me sentía vigilada.

Cristina y yo observamos mientras pudimos la espalda de aquel hombre de aspecto poco común, de movimientos rápidos y nerviosos. Llevaba sombrero negro con cinta verde jaspe estilo años cuarenta y un abrigo sastre negro de pana fina, de cuello y solapa, corto, por encima de la rodilla y con abertura atrás. El hombre era alto y algo entrado en carnes, con una barriga incipiente que no le restaba agilidad al caminar. Llevaba gafas tintadas y una bufanda con la que tapaba la boca, lo que hacía imposible ver sus facciones.

Terminamos analizando incluso la conversación que manteníamos cuando le sorprendimos a nuestro lado para intentar determinar qué podía haber escuchado, y sentenciamos que sería un solitario aburrido. Riéndonos, continuamos nuestro paseo hacia la terraza donde pensábamos cenar, que estaba unos cien metros más adelante.

Nos sentamos en la primera mesa al lado de la entrada, ambas fumadoras convencidas y resignadas, hicimos algún comentario en broma sobre la pulmonía que íbamos a pillar.

— ¡Nos hace más daño el frío que la nicotina! — dijo Cristina.

Al levantar la vista para mirar al camarero, dos pasos más atrás estaba otra vez el hombre del sombrero. Bajé las gafas, que por costumbre y comodidad suelo llevar a modo de diadema sobre la cabeza, y lo miré de frente; estaba parado observándonos fijamente. Al percibir el movimiento que yo hacía con las gafas y darse cuenta de que le había visto, se dio la vuelta aceleradamente, bordeó la cabina de teléfonos que tenía detrás y volvió hacia el paso de peatones, cruzando en dirección hacia mi calle otra vez y volteando la cabeza para mirarme fijamente mientras cruzaba.

La sensación de extrañeza flotó entre nosotras, Cristina me preguntó sorprendida:

— ¿Pero cómo llegó hasta aquí? ¡Si dio la vuelta en dirección contraria!

— No lo sé, tuvo que correr por otras calles, porque no han pasado ni tres minutos. ¿Lo conoces de algo? — contesté.

— No, de nada. No lo había visto en mi vida. ¿Tú?

— No, tampoco. Su aspecto es un poco peculiar. El sombrero, el abrigo, la bufanda no son prendas muy habituales en este barrio. — analicé en voz alta.

— Es raro, sí que lo es, pero puede ser un chiflado más de esta sociedad, que hay un montón. — sentenció Cristina.

—Sí, sí, cada uno tenemos nuestras propias locuras. ¡Venga, vamos a cenar y se acabó el tema! Un chalado, uno más...

Pasó el día de fiesta y el lunes aproveché para ir adelantando tareas cotidianas: presentar documentos, atender correo atrasado y visitar amistades. Apenas estuve por mi zona hasta ya bien entrada la tarde, cuando volví con intención de hacer un poco de compra y leer el periódico tomando un café. Descarté ir al supermercado, ¡los odio!, y cuanto más grandes, más. Así que opté por entrar en la charcutería de mi calle a comprar lo indispensable para la cena. Al salir a la acera me encontré de frente con el hombre del sombrero, que estaba parado en la puerta. Me di de bruces con su cara que de nuevo no pude ver con claridad, pues se volteó nervioso y salió de prisa dando vuelta a la esquina y mostrándome otra vez la espalda. ¿Pero quién sería este personaje?

Sacudí la cabeza y olvidé al hombre; todos tenemos nuestras manías, tal vez esa era la suya.

Como ya tengo por costumbre, la tarde de los miércoles la reservo para mi padre, pues además de hacerle compañía y revisar como va su día a día, me resulta agradable escuchar sus viejas historias mientras nos tomamos un café. Tras su ceguera parcial, diagnosticada como degeneración macular y que le dejaba únicamente una visión periférica, sus entretenimientos se habían visto bastante limitados, reduciéndose a paseos con su bastón blanco y a charlas recordando tiempos pasados, que, a pesar de las repeticiones, a mí siempre me había gustado escuchar.

Su conversación transcurría hablando de su infancia en el café-teatro, su juventud con los alemanes que habían llegado al pueblo y regentaban una fábrica de lanas que

después exportaban a Alemania para elaborar uniformes del ejército, de antiguas familias de raza gitana que luchaban como todos para salir adelante...

Cuando la conversación decaía, le hacía alguna pregunta de la cual yo ya conocía la respuesta y él continuaba.

—Fuiste el padrino de alguno de los Chichos, ¿no?

Y entonces él me corregía:

—No, de los Chichos de ninguno. Yo soy padrino de tres de sus tíos. Oye, ahora que hablas de gitanos... Aunque mi vista ya no es la que era, me he tropezado con un desconocido por el barrio que me ha llamado la atención. Yo creo que es de raza gitana, aunque no lo parece físicamente, pues su aspecto es elegante aunque peculiar; trae sombrero, abrigo sastre, gafas, bufanda... Tiene don de gentes, mundo, se le nota que ha vivido mucho, pero nadie sabe nada de él, ni de dónde ha venido ni quién es.

Levanté la mirada sorprendida, mi padre se refería al mismo hombre, el hombre del sombrero.

—¿Hablaste con él? ¿Dónde lo viste? —le pregunté intentando ocultar mi sorpresa.

—En los dos bares del barrio, en los de toda la vida, con los ancianos de por aquí. Entra en conversación cuando se habla en grupo, pero va solo. Yo directamente no hablé con él, algún comentario de fútbol, alguna noticia de la tele, pero éramos un grupo de ocho o diez. Se sentó con nosotros y participó en la tertulia.

—Yo también lo he visto por el barrio. Papá, ¿tiene algún acento especial? —continué interrogando.

—No, no tiene ningún acento. No parece asturiano.

—¿Y nadie sabe nada de él? ¿Nada, nada? —insistí.

—No, nadie. Es nervioso, entra y sale del bar, como si no pudiera estar quieto. Trae un anillo en la mano izquier-

da que parece un sello, o eso dicen. Ya sabes que yo no puedo fijarme en los detalles. Ayer fui al médico y me encontró en la calle anterior. Se paró frente a mí y me saludó. Dijo: «Buenos días, vecino». Me extrañó porque fuera de la tertulia del bar nunca se le ve hablar con nadie —relató mi padre.

— Bueno, será algún loco más. Papá, tú no le des mucha confianza —le aconsejé.

— No, no, ya sabes cómo soy yo, ando solo, no aguanto a nadie.

— Ya lo sé, hablas con todos pero con ninguno —contesté sonriendo.

Me despedí de mi padre pensativa y un poco intranquila, desde el funeral de Jacobo no había vuelto a estar totalmente relajada. Me dirigí al coche pensando que debía estabilizar de nuevo mi presente: sin embargo, un deseo irrefrenable de volver al pasado me invadía. ¿Por qué? ¿Para qué? Mi decisión estaba enfrentada. Una parte de mí quería respuestas a misterios que quedaron sin ellas, tal vez con la esperanza de encajar las viejas y ya rotas piezas de aquel puzle. La otra no quería volver a revivir todos aquellos años de vorágine, de miedos, de valentías...

A pesar de los años y de la madurez adquirida, nadie cambia tanto como para perder sus cualidades y defectos. El carácter nace y muere con nosotros, y el mío siempre ha sido curioso. No soporto la cotidianidad ni el aburrimiento, la aventura forma parte de mí, eso y una vocación frustrada: la investigación detectivesca.

Sentada ya en mi coche, aspirando el humo de un cigarrillo recién encendido, introduje la llave en el contacto y arranqué el motor a la vez que aceleraba. Volvía a Santa Mera, retrocedía en el tiempo, hacia un pasado que en-

gañosamente pensé olvidado. Había llegado el momento, necesitaba saber, recuperar, descubrir la respuesta a muchos interrogantes.

Pronuncié entonces en voz alta, una frase que escuché muchos años atrás: «No despiertes al diablo dormido». Ahora el diablo estaba desperezándose entre bostezos...

Capítulo 2

¿SIEMPRE ES AMOR?

Diciembre de 1997

– Tienes que buscarte un novio – sentenció muy seria Ana.

El gesto de Patricia fue de aburrimiento, cuántas veces lo llevaba diciendo, ¡puf!

– Déjate de novios Ana, no los quiero, acepto amigos, de paso, ¡eh!, seriedades las justas – bromeó Patricia.

– Eres una cabezota, no puedo contigo. Solo te atraen los raros... y esporádicamente.

– ¡Na! No insistas. Mejor pensamos que haremos el fin de semana – dijo Patricia, intentando cambiar de tema.

– Tengo que ir a Oviedo a buscar a mi madre, viene a pasar las Navidades a mi casa – dijo Ana.

– Podemos ir temprano y pasar el día por la capital – propuso Patricia.

– Podíamos visitar la Cámara Santa, todavía no la conoces.

– Sí, es una buena idea, de acuerdo.

Patricia contestó desde sus pensamientos, otra vez Navidad, la cena en casa de sus padres, regalos para todos, en especial para su hija, Sara. ¡Qué pocas ganas! La Nochebuena en casa hacía años que era melancólica y aburrida.

De repente, Ana, con mirada pícara, le preguntó:

— ¿Tienes cena de empresa este año? ¿Viene tu ex a cenar en Nochebuena?

— ¡Mala! ¡Eres mala! A la primera sí, supongo que sí; hay que hacer el teatro. Y a la segunda no lo sé, hace meses que, como decimos nosotras, está desaparecido en combate — contestó Patricia.

Ana aprovechó para atacar otra vez.

— ¿Ves? Si tuvieras novio te librabas del pobre de Navidad.

— Sí, sí, cambiaría un pobre por otro; lo mejor sería no tener ninguno.

— Ya salió doña solitaria, ¡qué miedo me das! Aparecerá el hombre más estrambótico del mundo, ¡y ese!, ese seguro que te vuelve loca — refunfuñó Ana.

— No creo, estoy tranquila con mi vida, lo de complicarme me da pereza, y no digas que no, que sí es complicarse. Cuando estás en pareja hay que ceder, hay que lograr un entendimiento para una buena convivencia, el enamoramiento y el todo vale dura tres meses a lo sumo, después llega el día a día y... ¡no! ¡No tengo ganas! Estoy muy bien como estoy.

— Lo que te pasa es que no llegó el indicado, siempre hay un roto para un descosido...

— Se te olvida que sé coser, bordar y zurcir — contestó Patricia, riéndose de su propio chiste.

Sí sabía, claro que sabía, pero en el fondo todavía le quedaba un resquicio de esperanza de conocer al príncipe en caballo blanco que contaban los cuentos, alguien especial que la ayudara a llevar la carga cotidiana que a veces se hacía pesada. Un ser genuino que la hiciera reír y compartiera con ella sus sueños.